

CARTA PASTORAL NÚMERO 6

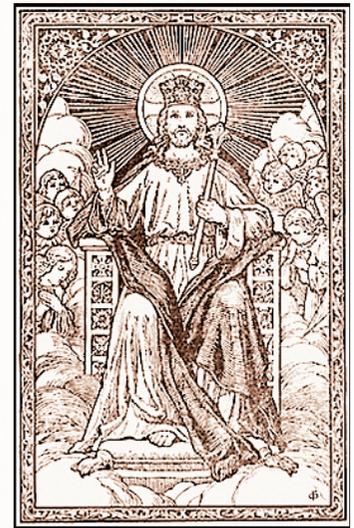
La fiesta de Cristo Rey fue instaurada por el papa Pío XI el 11 de diciembre de 1925. El Papa quiso motivar a los católicos para que reconozcan en público que el mandatario de la Iglesia es Cristo Rey. Jesucristo, como Dios-hombre, tiene derecho a intervenir, a legislar, a juzgar, a ser obedecido en todos los órdenes de la vida humana, individual y social. Esta fiesta fue instituida para poner un dique al torrente laicista, que todo lo invade. Monseñor Builes, como obispo obediente a la Iglesia, en su pastoral, enfatiza en el reinado social de Jesucristo.

29 de septiembre de 1926

JESUCRISTO REY

Monseñor Miguel Ángel Builes
Obispo de Santa Rosas de Osos

Sin duda extrañaréis vosotros la frecuencia con que venimos a visitaros con nuestras circulares y cartas pastorales; sin embargo, al recordar el consejo del Apóstol de las Gentes a su discípulo Timoteo: *Praedica verbum... opportune et importune*, esto es "Proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo" (2 Timoteo 4, 2) y deseando por otra parte atender al primero y emular al segundo, volvemos hoy a vosotros, no ya sin ocasión, sino con la muy simpática y llamativa de la nueva festividad de Jesucristo Rey, que la sabiduría de nuestro actual Pontífice acaba de imponer a la Iglesia universal en su carta encíclica *Quas primas*, de la cual tenéis ya conocimiento.



No se os oculta, venerables hermanos y carísimos fieles, la grandísima significación y trascendental importancia que tiene en la época actual la celebración de la fiesta de Cristo Rey, con la cual se reconoce, de una manera explícita y solemne, el reinado de nuestro Señor, tantas veces anunciado por los profetas, proclamado por Él mismo y reconocido privadamente por el celo de los predicadores y por la piedad de los fieles de todos los siglos. Cabe aquí la comparación de lo que aconteció con algunos de nuestros dogmas, como el de la Concepción Inmaculada de la santísima Virgen, antes creído, como dice san Vicente de Lerins: "En todos los tiempos, en todas partes, y por todos", y luego solemnemente proclamado por la santidad del papa Pío IX, de feliz memoria. Así, la fiesta de Cristo Rey, ayer creído y sinceramente querido su reinado, hoy solemnemente proclamado y ardientemente amado. Bendigamos a Dios que, en buena hora, inspiró esta feliz idea al padre santo y veamos cuánta sabiduría brilla en su realización, ya que nuestro Señor es de veras el Rey de las inteligencias, el Rey de las voluntades, el Rey de las familias y, por ende, el Rey de la sociedad, hoy más que nunca necesitada de una luz superior y de un guía seguro en las tortuosas sendas en las que el infierno amontona tinieblas y peligros sin cuento.

Jesús rey de las inteligencias

¡Qué pensamiento tan sublime! Jesús el Verbo eterno, Jesús sabiduría increada, Jesús la luz del Padre y la antorcha de los cielos; Él, que hizo para su corte y servicio los millones de inteligencias angélicas; Él, que hizo de cada ángel una especie, y de cada querubín un sol de ciencia; Él, que, al crear al hombre en los arcanos de su sabiduría, de su poder y de su bondad, le dio la inteligencia como un reflejo o participación de su divina esencia, para cumplir su deseo de hacer al hombre a su imagen y semejanza; Él, que, desde el principio, dirige los movimientos de las estrellas y de los astros con un orden tan maravilloso que arranca gritos de admiración y de alabanza a quien los contempla; Él, repetimos, que es la sabiduría infinita, bien podía proclamarse rey de las inteligencias y ser aclamado como tal por la universalidad de los seres racionales.



No podemos dudar de que nuestro Señor reina en las inteligencias angélicas, y bien podemos decir, sin apartarnos de la verdad, que el rechazo de su reinado al grito de *non serviam* fue la causa de la primera revuelta en el cielo empíreo; después de la cual, Él siguió siendo rey de los ángeles vencidos por el doble derecho de creador y de vencedor de los rebeldes, y rey de los ángeles fieles, quienes, con Miguel a la cabeza, y al grito de *Quis ut Deus*, proclamaron por primera vez y en presencia del universo enmudecido el reinado de Jesús en las inteligencias angélicas. *Gloria in altissimus Deo...* ("Gloria a Dios en las alturas" [Lucas 2, 14]). *Tu solus Dominus; Tu solus Altísimus, Jesu Christe...*

Y ¿qué diremos del reinado de Jesús en las inteligencias humanas? Habéis visto cómo las olas en los ríos y en los mares se empujan las unas a las otras, y cómo las ondas circulares en la tersa superficie de los lagos van a morir mansamente a sus orillas, donde depositan el blanco copo de espuma; así, en el oleaje de la tradición viene flotando como ligero copo de espuma, o como boya luminosa, la idea de Jesús en la mente de las generaciones que, al desaparecer en el mar de la vida, la entregan a los que vienen en pos de ellas; y esto desde el paraíso terrenal, cuya historia de alegrías y de tristezas venía recordando durante cuarenta siglos, siglos repletos de llanto y de tinieblas, en las que la única idea alentadora en aquella especie de bátraco horrible de pesar era la idea de Jesús, de Jesús el prometido, de Jesús el Mesías, de Jesús el Redentor, como la misma angustiada humanidad lo expresara por los labios gemebundos del Patriarca de Idumea, cuando, en medio de su dolor decía: *Scio enim quod Redemptor meus vivit... et in carne me videbo Deum* ("Yo sé que vive mi Defensor..., ya sin carne, veré a Dios" [Job 19, 25.16]). Notad bien que las historias no mienten; lo mismo los creyentes que los, incrédulos; lo mismo los que conservan la fe de Noé, de Abraham, de Isaac y de Jacob, como los que, en el fangal de los vicios, habían adulterado la verdad revelada; todos, la masa inculta de los pueblos con su ignorancia, los filósofos con su sabiduría, los buenos con su fe sencilla y los poetas con su lira enardecida, todos llevaban en la mente y entronizada en ella la idea de Jesús el redentor, el libertador y el pacificador; y los que llegaban a perder esta idea terminaban la vida entre las garras carniceras de la desesperación o del suicidio.

Pero pasan los cuarenta siglos de pesadilla en los que alternan la luz y las tinieblas con la desesperación y la esperanza. La plenitud de los tiempos se acerca; la hora fijada por la Divina Providencia para la redención de la humanidad suena en el reloj de los tiempos. *Dum medium silentium tenerent omnia... Omnipotens sermo tuus de coelo a regalibus sedibus venit.*

Y cuando un tranquilo silencio ocupaba todas las cosas, y la noche, siguiendo su curso, se hallaba en la mitad de su camino, tu palabra omnipotente, oh Señor, desde el cielo, desde tu real solio, saltó de repente en medio de la tierra condenada al exterminio... Entonces, en la noche sublime del veinticuatro de diciembre, los coros de los ángeles hicieron resonar en los espacios de Belén aquella dulcísima palabra: *Et in terra pax hominibus* ("En la tierra paz a los hombres" [Lucas 2, 14]); entonces, las tinieblas huyeron en tropel, como las aves nocturnas al despuntar la aurora; entonces, la desesperación huyó como se alejan las olas arrolladas por el aquilón; y ya la humanidad, que había visto sucederse la luz a las tinieblas, y a la esperanza tormentosa, la hermosa realidad del ser a quien aguardaba, comienza a acompañar a los espíritus angélicos en su cántico sublime. *Gloria in excelsis Deo. Tu solus Sanctus; Tu solus Dominus; Tu solus Altissimus Jesu Christe.* Y más y más se afianza el reinado de Jesús en las inteligencias con el correr de los siglos, como lo confesaba el mismo Renan cuando decía: "Jesucristo no pasa jamás", y como escribía Parker: "Diez y ocho siglos han pasado desde que la ola de la humanidad se levantó tan alta en Jesús; y, ¿qué hombre, qué siglo ha excedido jamás su pensamiento?". Luego concluyamos: Jesús es el Rey de las inteligencias y, desde la noche sublime de Belén, comienza, propiamente hablando, si así se nos permite expresarnos.

El reinado de Jesús en las voluntades

Inútil decir que Jesús es el Rey de las voluntades angélicas; sobra decir que Él ha hecho del corazón de cada ángel un trono encendido en llamas del amor más puro, cuanto más espiritual. Ni hay para que repetir que Él reina también en el corazón de los ángeles caídos, como quiera que el alma de su tormento consiste en la violencia indefinible con que sus voluntades tienden a amar al único centro del amor, sin poder amarlo, no teniendo más a quién amar, y teniendo corazón para el amor. ¡Qué tormento tan terrible! Tener su rey, saber que Él es infinitamente amable y no poder amarlo... Así reina Él en los que le rechazan.

Si nuestro Señor estableció su reinado en las inteligencias, era porque quería reinar en las voluntades, pues bien conocido es aquello de que no se ama lo que no se conoce. *Ignoti nulla cupido.* Si, pues, Él quiso que le conociéramos, era porque quería que le amáramos, y que, en la posesión de su amor, al encontrar el supremo bien, encontráramos la suprema felicidad. Bossuet había dicho: "Todo conocimiento que no se trueca en amor es vano". Pero no podía ser vano el conocimiento de nuestro sumo bien; luego, conocerle ya es amarlo y no se le puede amar sin ofrecerle un trono en nuestro corazón. ¿No pudiéramos decir que el conocimiento es el principio y el amor, el fin? ¿Y que ese principio y ese fin resultan un solo todo, cuyo aliento es la felicidad en la calma y en la ausencia del dolor? ¡Ah!, el ansia infinita de nuestro corazón por el bien nos manifiesta, con harta claridad, que nuestro Señor, queriendo reinar en nuestro corazón, labró en él un vacío inmenso que solo Él podía llenar; y así se explica el grito del Doctor de la gracia, san Agustín, que es el grito de la humanidad en su anhelo supremo por el bien: *Fecisti nos, Domine, ad Te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te* ("Nos hiciste para Ti, oh Dios mío, e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en Ti").

Y sería imposible que, siendo Él el bien infinito y habiendo hecho nuestro corazón hambriento de ese mismo bien, no reinara en nuestro corazón y nuestro corazón pudiera encontrar sin Él la felicidad.

Sí, Jesús ha querido reinar en el corazón de los hombres, y esto desde la eternidad. In *charitate perpetua dilexi te*. "Yo te he amado con un amor eterno. Hijo mío, dame tu corazón".

Si nos pusiéramos a citar las palabras con que nuestro Señor nos pide nuestro amor, nunca acabaríamos. Escuchad estas palabras de Napoleón, prisionero en Santa Elena: "Jesucristo quiere el amor de los hombres, quiere lo que un sabio pide en vano a unos cuantos amigos, un padre a sus hijos, un esposo a su esposa, un hermano a sus hermanos, en una palabra, quiere el corazón. Eso es lo que Cristo quiere para sí, lo exige y lo obtiene..."²³.

Desgraciadamente, no todos atienden a esta súplica amorosa de Jesús y en vez de amarle le aborrecen, hasta el punto de que su solo nombre les hace fruncir el ceño y crispas los puños. ¿Por qué tanto odio al lado de tanto amor? ¿Por qué el odio con alas de tempestad atraviesa las regiones bonancibles del amor? ¿Por qué, cuando tantos millones se dejan llevar del amor a Jesús hasta el martirio, hay tantos y tantos millones que se dejan arrastrar del odio hasta el rencor y la venganza? Pronunciad el dulce nombre de Jesús entre los católicos y escucharéis palpitar su corazón a un compás inusitado; pronunciadlo entre los masones y entre los impíos de todas las sectas, y el efecto será el mismo. En estos palpita el corazón movido por el odio, en aquellos, movido por el amor. Si el nombre de Jesús no significara nada, el odio y el amor para con Él serían palabras vanas. ¿A qué los 20 millones de mártires que dieron su vida por Jesús, si ese Jesús nada significa? ¿A qué los conventos y los desiertos donde tantas vírgenes y anacoretas se consumen de amor por Jesús, si ese Jesús nada significa? ¿A qué esos millones de misioneros de ambos sexos que van regando los bosques y desiertos con la sangre de sus plantas en busca de almas para Jesús, si ese Jesús nada significa? ¿A qué borrar a Cristo de los códigos y de las constituciones de las naciones si ese Cristo nada significa? ¡Ah!, Cristo es Rey y por eso el infierno entero y el mundo y Satanás quieren derrocar su trono y así confiesan su poderío. Sí, digámoslo a boca llena: tanto atestigua el imperio y soberanía de Jesús en los corazones, el insulto y el inmundo salivazo del impío, como el beso enardecido que estampa con labios temblorosos en su Cristo el cristiano enamorado. Sí, repitámoslo, que a ello tenemos derecho, y en esta repetición se sacia nuestra alma: "Cristo vence, reina e impera en las inteligencias y en los corazones, del mismo modo, vence, reina e impera".

En las familias y por ende en las sociedades

La soberbia, el maldito orgullo, había perdido el primer matrimonio en el Paraíso terrenal, pero el que había de venir, como en efecto vino, a restablecer el orden por medio de la redención debía comenzar su misión redentora por santificar el matrimonio. El demonio, padre de la soberbia, y la soberbia misma, perdió a nuestros primeros padres; nuestro Señor, que lleva su humildad hasta llamarse el Cordero de Dios; Él, que toma la forma de siervo y no vacila en llamarse un gusano y no un hombre *Vermis et non homo* ("Soy gusano, no hombre" [Salmo 22,]). Él, que

23 Berthier, *Rasgos históricos*.

nació de la que siendo inmaculada y bendita y grande entre las criaturas, se llamó "la esclava del Señor"; Él, repetimos, comenzó por santificar un matrimonio en Caná de Galilea, en cuyas bodas estaba la Virgen santísima y a las cuales estaban invitados Jesús y sus discípulos; Él, que es la misma santidad y quería reinar en las familias, debía comenzar por santificarlas. Desde entonces, la entrada de Jesús en los hogares es la entrada de la santidad y de la paz. Que hablen Magdalena y el centurión y Zaqueo, que hablen los hogares todos a cuyas puertas Él ha pedido hospedaje y donde ha establecido su reinado. Penetrad en el interior de los hogares. ¡Cuántas luchas en los padres! ¡Qué cadena tan larga de sacrificios para las madres! ¡Qué dificultades para los hijos en la práctica de la virtud! Los padres que sienten el peso del deber que los obliga a conseguir el pan, a conservar el orden y el bienestar, y a velar por el porvenir de los suyos. Las madres... ¡Pobres madres!, que, siendo templos vivos donde Dios forma sus hijos, son también y en tantas ocasiones altar y sacerdote y víctima, hasta que la muerte les permita disfrutar su primer sueño tranquilo. Los hijos, que desde niños comienzan a sentir la natural repulsión que produce el ejercicio de las virtudes propias de su estado. Pero, estando Jesús presente, las luchas de los padres se convierten en triunfos; los sacrificios de las madres se endulzan y se cambian en méritos que llevan el sello de lo eterno y la práctica de las virtudes se facilita para los hijos. Nada extraño; es que Jesús es el Rey de aquellos hogares y es la providencia paternal, y la más atormentada de las víctimas, y el modelo perfectísimo de todas las virtudes. Allí, la antorcha de la fe resplandece con claridades de cielo; allí, las alas de la esperanza sacuden el polvo de la tierra para llevar las virtudes a la práctica y las almas hasta el cielo; allí, la claridad, que es el mismo divino Rey, convierte el hogar en una antesala del paraíso, que, si de vez en cuando es salpicada por el llanto, los que forman el hogar se acuerdan de que, antes de que ellos regaran con lágrimas el acervo de sus miserias, ya Él los había empapado con las suyas. Es que Jesús, llorando con ellos, como lloró con Marta y con María sobre la tumba del amigo Lázaro, endulza sus lágrimas y consuela su dolor.

Ahora bien, ya que el hogar es el origen, el principio y la fuente de toda sociedad, decidme vosotros: ¿qué será de una sociedad constituida por esos dichosos hogares en donde reina Jesús? Ah, venerables hermanos y carísimos hijos, al pensar en una sociedad así formada, cerramos los ojos un instante y soñamos con un cielo en la tierra, y es entonces cuando creemos ver realizado el ideal sublime de nuestro Señor, expresado en aquellas palabras del inmortal pontífice León XIII, cuando nos enseñaba a rezar diciendo: "Que pronto no haya más que un solo rebaño y un solo Pastor"; es decir, un solo pueblo por la unión y por la paz y un solo rey por el amor.

Quisiéramos alargarnos en estas consideraciones, que llenan de alegría nuestro corazón, pero no queremos cansaros, y así nos contentamos con repetirnos que os penetréis de lo trascendental del reinado de Jesús en las inteligencias, en los corazones, en las familias y en la sociedad entera. Alienta nuestro corazón la gratísima esperanza de que atenderéis al llamamiento de nuestro actual pontífice, a quien Dios conserve largos años, y a nuestro propio llamamiento. Abrid, pues, generosos las puertas al divino Huésped, que en esta noche del destierro toca a ellas con sus vestidos empapados con el rocío de la indiferencia, con que le tratan los que sin Él no fueran. Abridle por piedad vuestras inteligencias, para que establezca en ellas un trono de luz inextinguible; abridle vuestros corazones para que plante en ellos el dulce imperio de su amor; abridle las puertas de vuestros hogares y ofrecedle "en espíritu y

en verdad" un trono a cuyas plantas le rindáis vuestras adoraciones, mezcladas con lágrimas de amor y, desde el cual, recibáis sus bendiciones; besad con amor su pedestal y veréis cómo inclina sobre vosotros el cetro de sus misericordias y su amor. Vosotros, en fin, los que ejercéis la autoridad en el orden civil, dando leyes en el nombre del único monarca del universo o llevándolas a la ejecución o administrando justicia, abridle vuestras puertas, para que Él reine en los municipios, en las provincias y en todas las naciones de la tierra que le han sido dadas como herencia por su Padre celestial.

Venerables sacerdotes: que vuestro amor a Cristo Rey y vuestro entusiasmo para celebrar la fiesta de nuestro querido soberano se desborde con fuerza de volcán en erupción. Preparadla con todo el esplendor y aparato exterior que ella reclama. Disponed lo conducente para la entronización del Corazón divino de Jesús en la parroquia en tan solemne día y que sea esta la ocasión para emprender una nueva cruzada de entronización en los hogares, en las escuelas y en las oficinas públicas, porque de vuestro celo depende el brillo de los triunfos de nuestro Rey amado. Disponemos, además, que, con el relato de las festividades de cada parroquia a Cristo Rey, se nos avise si la parroquia estaba ya consagrada oficialmente al Sagrado Corazón de Jesús, en qué escuelas y oficinas está entronizado y el número aproximado de hogares que le pertenecen como a Rey. Más tarde podrán los venerables párrocos enviarnos la relación de las entronizaciones oficiales que haya habido en su parroquia, aunque hayan tenido lugar en tiempos ya lejanos. Todo esto tiene por objeto propagar más y más el reinado de nuestro Jesús, Rey amado de nuestros corazones.

Las parroquias que ya estaban consagradas al divino Corazón harán la renovación y las que no la hayan hecho se le consagrarán en este día.

La presente pastoral será leída, íntegra, en dos domingos consecutivos en las misas que se celebren.

Dada en Santa Rosa de Osos, sellada con nuestro sello mayor y refrendada por nuestro secretario, el 29 de septiembre de 1926, día del dilecto santo de nuestro nombre, el arcángel san Miguel.

+ *Miguel Ángel Builes*
Obispo de Santa Rosa de Osos